

SAN BASILIO MAGNO Y SAN GREGORIO NACIANCENO, obispos y doctores de la Iglesia

BREVE RESEÑA DE SUS VIDAS



Basilio, nacido en Cesarea de Capadocia (Turquía) de una familia profundamente cristiana (de los diez hijos, tres son obispos: Basilio, Gregorio Niseno y Pedro de Sebaste) en el año 330, recibió una educación esmerada, primero en Cesarea, donde mantuvo gran amistad con Gregorio Nacianceno; luego en Constantinopla, y por fin en Atenas, donde se entusiasmó con el humanismo griego. Después del bautismo (hacia el 358) se consagró a la vida monástica en el desierto y visitó los monasterios de Oriente. Más tarde fundó una nueva vida monástica cenobítica, centrada en la oración y en el trabajo intelectual y manual —dejando mucho tiempo al estudio individual de las Escrituras—, para la cual compuso las *Grandes Reglas* o *Reglas mayores* (instrucciones generales) y las *Pequeñas Reglas* (exhortaciones y consejos particulares), convirtiéndose en el legislador de la vida cenobítica de Oriente (san Benito, en Occidente, lo llama «nuestro padre»). Como obispo de Cesarea (370), sucesor del obispo que lo había ordenado sacerdote (364), fue también defensor de la fe contra la herejía arriana y organizador de obras caritativas, hasta el punto de que el hospital para los pobres, peregrinos y enfermos fue llamado «Basiliada».

Gregorio de Nacianzo (también en Turquía) fue coetáneo y compañero de estudios de Basilio, tanto que la singular comunión entre ambos amigos hizo decir a Basilio que «sin ella no habría conseguido en Atenas, tras un largo e inútil trabajo, otra cosa que las ciencias y una sabiduría rechazada por Dios». Hijo también de santos (su madre, Nona; su hermana Gorgonia, cuyo elogio fúnebre pronunció, y su hermano Cesáreo), amó la soledad, oponiéndose primero (aunque en vano) a su padre, que lo persuadió a que aceptara el presbiterado, y luego a Basilio, que le convenció para que aceptara la sede episcopal de Sasima, sufragánea de Cesarea (regida por el mismo Basilio). Por fin aceptó, durante algún tiempo, administrar la sede episcopal del difunto padre (Nacianzo, la actual Nemisi). Reclamado de la soledad, en la cual se refugiaba, por la minoría ortodoxa de Constantinopla (donde tuvo de oyente a san Jerónimo), fue entronizado por el primer concilio ecuménico de Constantinopla como patriarca de la ciudad (381). Combatido por las sectas heréticas de la ciudad (arrianos, novacianos y macedonianos), fue también procesado y lapidado, logrando, empero, salir vivo y convirtiéndose casi en mártir sin el suplicio final. En su testamento, anterior a la renuncia a la sede constantinopolitana, ya había realizado la donación de todos sus bienes a la Iglesia y a los pobres. *(Así, E.Lodi)*

APROXIMACIÓN A LA HUELLA DEJADA EN LA HISTORIA

Cuando **BASILIO** murió (1 de enero de 379), el balance de su actividad parecía un semifracaso, tantas eran aún las disensiones y los enfrentamientos entre los antiarrianos de Oriente, por no hablar del choque con Occidente. Pero la tenaz acción política de este gran líder, articulada en las direcciones más diversas, daba ya consistencia y consciencia a las que habían sido frágiles filas de los neonicenos, y la siembra no tardó en dar buena cosecha: sólo dos años después de la muerte de Basilio el concilio de Constantinopla del 381, a pesar de la oposición de Roma y de Alejandría, ratificó oficialmente todas las directrices políticas y doctrinales a lo largo de las cuales Basilio había desarrollado aquella acción, y **su fórmula trinitaria se impuso como doctrina oficial de la Iglesia católica**.

Pero el prestigio y la fama de Basilio se debieron no sólo a la actividad política y doctrinal, sino también a su capacidad de escritor, elegante y eficaz aunque ajeno a la excesiva carga retórica. La refinada *institutio* en que estaba formado le hizo advertir la oportunidad de poner fin a la más o menos abierta hostilidad que buena parte de la cristiandad fomentaba aún con respecto a la cultura clásica, sobre todo en ambiente monástico. En el tratado *A los jóvenes*, que se convertiría en fundamento de la instrucción cristiana para toda la época bizantina, propugna la exigencia de una buena formación clásica con vistas a un correcto encauzamiento al estudio de la Sagrada Escritura.

Al equilibrio y autocontrol de Basilio se opone la vivacidad e inconstancia de **GREGORIO**. Este se apoyó en Basilio como un guía seguro. Su viva inteligencia, de la que derivó su firme sentido teológico que hizo de él un modelo de ortodoxia para las generaciones venideras, iba acompañada de una inestabilidad de carácter que también en este campo le impidió la aplicación sistemática y constante, propia, por ejemplo, del Niseno. Él fue sobre todo un literato, un rétor, además de por su modo de expresarse, por el placer que experimentaba por encontrarse en el centro de la atención y de las miradas de todos. Pero fue también un alma delicada y sensible, inmerso más que Basilio en los complejos estados de la vida espiritual. **La vocación lo llevaba a una vida de serena contemplación, pero las contingencias del momento lo hicieron un hombre de acción, con inseguridades, dudas y fracasos**. Dado a expresar siempre sus sentimientos, cualquier circunstancia era buena para hacerle escribir. Por ello escribió tanto. Pero dado su carácter y la vida que llevó no sorprende que Gregorio no haya compuesto ningún tratado sistemático, escrito de corrido, de argumento doctrinal y exegético, aunque él dominase ambos campos. Sus muchas oraciones, aunque ninguna era de argumento plenamente exegético, revelan su plena capacidad de interpretación del texto sagrado. También merecen ser recordados sus discursos por su profundidad ideológica, especialmente los dos dirigidos contra Juliano, compuestos en el 363 tras la muerte del Apóstata.

(Resumen de M. Simonetti)